

FILÍPICA DÉCIMACUARTA

CONTRA MARCO ANTONIO

TRADUCIDA AL CASTELLANO POR

D. JUAN BAUTISTA CALVO

I. Si la carta que acaba de ser leída, padres conscriptos, dando cuenta de que el ejército de nuestros malvados enemigos ha sido vencido y dispersado, añadiese lo que principalmente deseamos todos, y lo que creemos debe ser consecuencia de esta victoria, que Décimo Bruto ha salido al fin de Módena, sin vacilar os diría: Vestimos el traje militar, porque Bruto estaba en peligro; ha sido libertado, vistamos el traje ordinario. Pero como esta noticia, impacientemente esperada en Roma, aun no ha llegado, basta con que nos alegremos por la grande y brillante victoria, dejando el cambiar de traje para cuando sepamos sus consecuencias, que deben ser principalmente librar á Bruto del asedio. ¿Se quiere acaso que hoy nos quitemos el traje militar para volvérnoslo á poner mañana? Más vale proceder de suerte que después de recobrar la vestidura que todos deseamos, procuremos conservarla siempre. Presentarnos con toga ante los altares, y cambiarla en

XVI

Escarmentado Antonio de su derrota, se propuso no empeñar otra acción decisiva y se encerró en su campamento con determinación de permanecer á la defensiva, pero sin dejar de valerse de su caballería, en la cual era superior, para hostigar el ejército de los cónsules. Ni tampoco perdió la esperanza de apoderarse de Módena, reducida al último extremo, asegurándoles el bloqueo de que no entraría ningún socorro en la plaza.

Por otra parte, Hircio y Octavio, engreídos con su victoria, estaban resueltos á introducir víveres y tropa á todo trance; y habiendo observado al cabo de dos ó tres días que los atrincheramientos eran atacables por una parte, lo hicieron, efectivamente, con incomparable denodado valor.

Viendo Antonio cuán difícil era resistirles, quiso mas bien arriesgar una batalla general que ver socorrer en su presencia una plaza que ya había contado como suya. Sacó, pues, del campamento todas sus legiones puestas en orden de batalla, y trabó el combate, el cual fué obstinado y sangriento. Los enemigos de la libertad, aunque forzados á retirarse, disputaban con desesperado valor cada paso del terreno, pero Décimo, aprovechando un momento favorable, hizo una salida al frente de su guarnición, y fijó la victoria de su parte. El cónsul Hircio signió la fortuna con tanto ardor, que forzó las trincheras de Antonio, y, habiendo penetrado hasta el centro de su campamento, fué herido mortalmente junto á la tienda del general. En el mismo paraje perdió tam-

bién la vida Poncio Aquila, uno de los cómplices de la conjuración contra César. Octavio, que iba en la retaguardia para sostenerlos, aseguró la victoria apoderándose del campamento enemigo y pasando á cuchillo sus mejores tropas.

Antonio huyó con su caballería hacia los Alpes.

Algunos historiadores refieren esta batalla de diverso modo, pero los datos que se hallan en los escritos de Cicerón no dejan duda de que éste sea el verdadero.

Al día siguiente murió Pansa en Bolonia á causa de sus heridas.

La derrota de Antonio persuadió á todo el mundo que la guerra estaba acabada y la libertad de Roma enteramente restablecida, y quizá hubiera sucedido si fuera Antonio el muerto en la batalla ó los cónsules hubieran sobrevivido á la victoria. Pero la muerte de éstos, que al principio impresionó poco porque la alegría del triunfo ocupó demasiado la atención pública, se hizo sentir después á sangre fría y fué el golpe más fatal para los proyectos de Cicerón y la causa inmediata del trastorno de la república.

Hircio era persona muy erudita y aficionada á las bellas letras, y había gozado de la más íntima confianza de César, que le empleaba en extender sus actas. Como le debía su fortuna y había bebido en sus máximas, ponía el mayor conato y esfuerzo en sostener el poderío de aquel que le había elevado, sin detenerse en sacrificar el interés público al de su bienhechor. Siendo tribuno de la plebe al principio de la guerra civil, hizo una ley para privar de toda clase de cargos á los secuaces de Pompeyo, siendo por esto odioso á los pompeyanos, que le miraban como su más mortal enemigo.

Pansa, cuyo padre pereció en la proscripción de Sila, era también muy adicto á César, á quien consideraba como restaurador del partido de Mario. Le sirvió en

todas sus guerras con insigne valor y fidelidad. Era de carácter grave, sincero y digno de un romano. Siendo naturalmente más moderado que Hircio, tuvo más compasión de los males de su patria y libró de persecuciones á varios partidarios de Pompeyo. Movidó de humanidad ayudó á muchos de ellos con su crédito y obtuvo que se les restituyesen sus bienes y que pudiesen volver á Roma. Con esta conducta fué muy amado del pueblo y tan estimado de los hombres de bien, que Casio, para defender su epicurismo, en una carta á Cicerón citaba á Pansa como ejemplo de aquellos verdaderos epicúreos que hacían consistir el placer y la suma felicidad en el ejercicio de la virtud.

Antes que él é Hircio tomaran posesión del consulado, Quinto Cicerón tenía muy mala opinión de entrambos. «Son, decía, dos sujetos enervados por la lujuria como dos mujeres; y si la desgracia les pone en mano el gobierno, temo las mayores ruinas y considero infalible el trastorno del Estado: porque Antonio los atraerá, seguramente, á su partido, y mancomunará en sus vicios. Yo los conozco á fondo, y he sido testigo ocular de su increíble corrupción y desarreglo, aun al frente de los enemigos». Mucha parte de esta odiosa pintura se debe atribuir al mal humor y á los celos de Quinto: porque, sea lo que fuere de la idea que quiso dar de su conducta pasada, lo cierto es que fueron excelentes cónsules: y que ya fuese por respeto á Cicerón ó por condescendencia á su autoridad, se gobernaron, generalmente, por sus máximas. Habían adoptado por principio que el ardor de algunos en vengar la muerte de César nacía del deseo de subrogarse en su lugar, y que aquella idea precipitaría infaliblemente la república en convulsiones peligrosísimas. En consecuencia de esto tomaron unánimemente la resolución de oponerse á las claras á toda empresa que fuese capaz de turbar la

tranquilidad pública; pero como fué tan grande la pasión y el amor que habían profesado á César, conservaron siempre bastante apego á su parcialidad. De esto nació la resistencia que mostraron para adoptar las resoluciones irrevocables y de hecho contra él, mientras subsistió la menor esperanza de acomodar las cosas. Cicerón lo reprendía y se quejaba de su moderación, llamándola pusilanimidad perniciosa á la causa de la república; mas no por eso se entibiaba la amistad y confianza entre ellos.

Sin estar conformes en los medios, lo estaban en los fines: y pensaba Cicerón de ellos favorablemente, mientras la mayor parte del público los tenía por sospechosos. El hecho justificó su dictamen; pues no solamente expusieron las vidas, sino que las perdieron con heroico valor en defensa de la república, correspondiendo perfectamente hasta lo último á la idea que nuestro orador tenía formada de ellos. En Hircio, no obstante, hallaba algunas excepciones; pero de Pansa declara que no le faltó valor desde el principio de la guerra, ni fidelidad hasta el último instante de su vida. Si hubiesen vivido para coger el fruto de su victoria, su autoridad habría bastado para contener á Octavio en los límites de su deber, y para sostener la república hasta la llegada de Bruto y Casio. En aquellas circunstancias, como el mismo interés habría unido con ellos á Planco y á Décimo Bruto, habrían podido dar á la república una forma sólida y regular en el consulado del año siguiente.

Nada de esto pudo suceder, porque la muerte de los dos cónsules puso á Octavio en el colmo de su poderío, dejándole dueño de dos ejércitos, y sobre todo de los veteranos, tan irritados contra Décimo, que por ningunas promesas que les hizo le quisieron seguir. Todas las circunstancias se unieron á favor de Octavio; de manera que las gentes creían que la muerte de los cónsules

había sido obra de su maldad; pues en cuanto á Hircio, se observó que él fué el primero á levantar el cadáver del campo de batalla; y hubo muchos que sospecharon le había hecho matar por sus propios soldados. Por lo que toca á la muerte de Pansa, la sospecha tenía tanto más fundamento, que el cuestor Torcuato había hecho arrestar á su médico Glicón por indicios de haber puesto veneno en las heridas de su amo. No obstante, el fundamento principal de tan odiosa sospecha consistía en que esta negra acción era muy útil á Octavio, y así Bruto no la quiso creer, y rogó á Cicerón hiciese poner en libertad al médico y le protegiese con su autoridad como á un criado fiel, incapaz de semejante perfidia, que perdía infinito con la muerte de su amo.

No tardó mucho Cicerón en advertir las fatales consecuencia que se podían temer de este acontecimiento, y lo manifestó á Bruto. «El joven César, le escribió, tiene las mejores prendas y disposición para lo bueno. ¡Ojalá que se deje gobernar en el alto grado de poder á que ha subido, como lo hacía antes; pero la cosa me parece un poco difícil, aunque no imposible! Está persuadido de que se le debe todo, porque nos ha puesto en el estado de seguridad en que nos hallamos; y yo tengo principalmente la culpa, siendo quien más ha contribuído á darle esta idea; pues no hay duda que si él no hubiese echado á Antonio de Roma, todo estaba perdido».

Efectivamente; Octavio se fué haciendo más insolente cada día, y su altivez llegó á términos que el mismo Cicerón se vió obligado á dar priesa á Bruto en repetidas cartas para que viniese presto á Italia con su ejército, como el último recurso que quedaba á la república en aquellas circunstancias, y para dar más autoridad á su proposición obtuvo un decreto del Senado llamándole con sus legiones á la defensa de la patria.

El contento que reinaba en Roma impedía sentir todo el valor de la pérdida pública y de la peligrosa herida que había recibido el Estado con la muerte de los dos cónsules. Los amigos de Antonio estuvieron tan consternados los primeros días, que no tuvieron valor para abrir la boca en el Senado; y Cicerón, dueño del campo, tuvo libertad para hacer se decretasen cuantos honores quiso á los tres ilustres ciudadanos muertos, Pansa, Hircio y Aquila, é hizo conceder á Octavio una ovación con cierto número de días de gracias á los dioses. En ellas también se comprendió á Décimo, y como el día que éste fué libertado del sitio era el de su nacimiento, quiso Cicerón que para eternizar su victoria se inscribiese su nombre en los fastos, esto es, en el calendario romano. Los secuaces de Antonio fueron declarados enemigos públicos, y lo que causó más maravilla fué que el mismo Servilio opinó que Ventidio se pusiese en el número de ellos, y propuso, además, que se diese á Casio el mando de la guerra contra Dolabela. Cicerón añadió que se asociase con Bruto en el caso de que éste lo creyese conveniente.

Ni Bruto ni sus amigos aprobaron el decreto de ovación hecho á favor de Octavio, no obstante que se fundaba en la más sana política; pues con apariencia de honor, aceptándole Octavio se le despojaba de su poder, porque, según la práctica antigua, hecha aquella empresa, acababa su encargo y su ejército quedaba despedido al instante que ponía los pies en la ciudad. Mas la confusión de los negocios era tanta, que dejaba poco lugar á las leyes y á las costumbres, sobre todo respecto de los que tenían bastante fuerza para prescindir de ellas.

Los gobernadores y generales que mandaban en las provincias quedaron tan atónitos cuando supieron la derrota de Antonio, que escribieron á Cicerón dándole

las mayores seguridades de su fidelidad y celo por la causa común. El mismo Lépido, que había enviado á Silano y Culeón, sus tenientes, en socorro de Antonio, procuró excusarse con Cicerón en términos muy sumisos, esforzándose á persuadirle «que lo hicieron contra sus órdenes, y si no los había castigado con el mayor sigor era por consideración á la amistad; pero que después no los volvió á emplear en nada, ni quiso recibirlos más en su campo... Le dijo en la misma carta que Antonio había llegado á su provincia sin más infantería que una sola legión y algunos soldados armados, pero con mucha caballería; que Ventidio había traído á Antonio tres legiones, y, no obstante, cada día se minoraba su ejército, pasándose la gente al de Casio; que él estaba resuelto á atacarle con todas sus fuerzas, y que nada en el mundo era capaz de hacerle olvidar lo que debía al Senado y á la patria». Le dió gracias por no haber hecho caso de las voces que sus enemigos habían esparcido contra él y de haber procurado se le decretasen honores. Le prometió todos los servicios que podía esperar la república de un buen ciudadano, y concluyó implorando su protección.

Polion escribió aún más claramente, que en una coyuntura tan crítica creía no tener precisión de esperar las órdenes del Senado, pues cualquier ciudadano celoso del bien de la república debía emplear todas sus fuerzas en conservarla; que el peligro sería mucho mayor si se daba tiempo á Antonio de rehacerse y juntar sus fuerzas, y que, en cuanto á él, estaba resuelto á no abandonar la república y á no sobrevivir á ella; siendo lo único que le afligía el estar tan lejos, porque sus socorros no podían llegar tan pronto como quisiera.

Plancc escribió que iba á tomar las providencias necesarias para deshacer á Antonio si entrase en su provincia; lo que no dudaba conseguir en caso de que

aquel enemigo común se presentase sin grande ejército, aunque Lépidó le recibiese; y si sus fuerzas fuesen demasiado considerables, se encargaba de irle deteniendo hasta que pudiesen llegar socorros capaces de destruirle; que por medio de Laterense y de Furnio trataba con Lépidó sobre unir sus fuerzas, pues las disensioncillas que mediaban entre los dos no le impedirían el concurrir con todo su poder al servicio de la república. En otra carta habla con el mayor desprecio de las fuerzas de Antonio, aun después de habersele juntado Ventidio, á quien llama *muletero*, y dice que si los hubiese encontrado no habrían podido resistirle una hora.

Se murmuraba mucho de que los vencedores de Módena hubiesen dejado escapar á Antonio; pero Octavio nunca tuvo intención de perseguirle, puesto que con humillarle y rebajarle el poder conseguía su intento, y él se había elevado á tan alta situación, que podía dictarle las condiciones que quisiese en la repartición del imperio. Parece que entonces tenía ya formado este plan; y si la total ruina de Antonio se hubiese verificado inmediatamente después de la muerte de los cónsules, el partido republicano habría sido todavía demasiado fuerte contra él y contra Lépidó, que era un mal general con buen ejército. En su consecuencia, no hubo forma de perseguir á Antonio, por más que se lo propusieron, dando varias excusas, como la de necesitar asegurarse de las tropas de los cónsules, y después, fingiendo querer ejecutarlo, alegó que ya era tarde.

Cicerón fué quien tuvo mayor sentimiento de la evasión de Antonio, y se quejó de ella amargamente á Décimo Bruto. «Si sucede, le escribió, que Antonio restablezca sus fuerzas, todos los grandes servicios que tú has hecho á la república no servirán de nada. Nos habían dicho, y así lo creímos, que escapó con pocas tropas mal armadas y desfallecidas, y que él mismo estaba tan

abatido, que no le quedaba ninguna esperanza; pero si es verdad, como me lo asegura Greceyo, que todavía puede muy bien hacerlos frente, me parecerá que no huyó de Módena, sino que mudó el teatro de la guerra. Cada uno piensa aquí de diferente modo. Algunos te acusan de que no le hayas perseguido, y creen que, usando de gran diligencia, habrías podido rematarle. Tal es la ingratitud de los hombres, y en particular la de nuestros romanos, que abusan muchas veces de la libertad contra las personas mismas á quien la deben. Procura, no obstante, que no se puedan quejar de ti con razón, y advierte que lo que no tiene duda es que quien acabe con Antonio pondrá con aquel solo golpe fin á la guerra. Tú, mejor que nadie, debes comprender la fuerza de esta reflexión, que á mí no me conviene hablar más claro».

Décimo Bruto en la respuesta alega varios motivos que no le permitieron seguir á Antonio tan pronto como habría querido. «Yo no tenía, dice, ni caballería ni bagajes, ni menos sabía que Hircio hubiese muerto. Tampoco me fiaba de César, hasta que supe su modo de pensar en una conferencia que con él tuve. El primer día se pasó todo en estas ambigüedades; el siguiente me envió á decir Pansa que le fuese á ver á Bolonia, pero al ir supe en el camino que había expirado. Volví á mi ejercitillo, que no le puedo dar otro nombre, según está diminuto y faíto de todo. Antonio llevaba ya dos marchas adelantadas, y con toda mi diligencia en perseguirle no le pude alcanzar, caminando él más en la fuga que yo siguiéndole, porque sus tropas iban á la desbandada y las mías en formación. Por donde quiera que pasaba hacía abrir las cárceles y se llevaba los presos, corriendo siempre, sin detenerse en ninguna parte hasta Vados, que es un sitio entre el Apenino y los Alpes, donde los caminos son extremadamente di-

fíciles. Apenas había yo llegado á treinta millas de él, después que ya se le había juntado Ventidio, me trajeron una copia del discurso que hizo á los soldados, rogándoles pasasen los Alpes, porque les hacía saber que obraba en todo de acuerdo con Lépido. Pero todos á una voz (esto es, los de Ventidio, porque de los suyos había muy pocos) clamaron que querían vencer ó morir en Italia, y pidieron ser conducidos á Polencia. No pudiendo reducirlos, suspendió su marcha hasta el día siguiente. Con esta noticia hice partir al instante cinco cohortes camino de Polencia, y yo dirigí mi marcha hacia allá. Mi destacamento llegó á Polencia una hora antes que Trebelio, que venía con la caballería de Antonio. Yo lo he celebrado infinito, porque miro esta ventaja como una victoria».

En otra carta le dice :

«Si César hubiera tomado mi consejo de pasar el Apenino, yo habría reducido á Antonio á tanto aprieto, que el hambre hubiera hecho el oficio de la espada para exterminarle. Pero yo no podía mandar á César, como tampoco César á su ejército; dos cosas que traen grandes inconvenientes».

Esta relación tan circunstanciada que se halla en las cartas de Décimo Bruto destruye dos noticias que refiere un escritor antiguo, del cual las han adoptado generalmente todos los historiadores modernos. Una es que Octavio, después de la victoria, no quiso ver á Décimo Bruto, y que, picado éste, le prohibió entrar en la provincia, y, por consiguiente, le quitó la libertad de perseguir á Antonio. La otra, que Décimo, en los últimos instantes de su vida, hizo llamar á Octavio y le aconsejó se uniese con Antonio contra el Senado. Estas dos circunstancias se inventaron sin duda mucho después para salvar el honor de Octavio y dar un barniz de justicia á la repentina mudanza que hizo en su con-

ducta, abandonando el partido de la república y sacrificándola á su interés.

Cayo, hermano de Antonio, estaba todavía prisionero de Marco Bruto, cuya bondad é indulgencia hicieron se confirmasen los recelos de Cicerón, pues aprovechándose de la libertad que le dejaba en el campamento, sedujo algunos soldados y tramó una sedición que dió mucho que hacer á Bruto. Por fortuna, ellos mismos conocieron su error, y, pasando de la insolencia al arrepentimiento, mataron á los jefes de la rebelión, y habrían hecho lo mismo con Cayo si Bruto le hubiese entregado; pero, fingiendo quererle arrojar al mar, le hizo conducir á un barco con orden de impedirle la fuga y causar mal. Bruto dió noticia de todo á Cicerón, el cual le respondió en los siguientes términos :

«... En cuanto á la sedición de la legión cuarta, no te enojas por lo que voy á decir. Me parece mucho mejor la severidad de los soldados que tu indulgencia; mas al mismo tiempo, me alegro de las pruebas de amor que te han dado tus tropas, así de infantería como de caballería... Me escribes que yo persigo á los Antonios sin darles cuartel, y que no por eso dejas de creermelo digno de alabanza. Yo no dudo de tu sinceridad, pero no puedo aprobar la proposición que añades de que las animosidades son buenas para ejercitadas á fin de precaver la guerra civil, pero no para vengarnos de un enemigo vencido. En esto, amaño Bruto, pensamos muy diferentemente; no porque yo no sea inclinado á la clemencia tanto como tú, sino porque me parece que la severidad saludable es mucho más sana que no una bondad sin reflexión. Si continuamos así, perdonando á todo el mundo, nunca tendrá fin la guerra civil. Tú debes pensar bien estas cosas, pues yo puedo decir como el viejo de la comedia del *Tribuno* de Plauto: *Ya estoy al fin de mi vida; á ti te toca más que á mi.* Bruto

mío, créeme; si no mudas de sistema estás perdido, porque no te lisonjees de que el pueblo, el Senado y quien gobierna al Senado han de ser eternamente los mismos. Recibe esta advertencia como si fuese del oráculo de Apolo Pithio, pues nada será más cierto».

Lo que muchos autores antiguos escribieron contando la muerte trágica de Porcia, mujer de Bruto, y el modo extraordinario de matarse cuando supo el funesto fin de su marido, es una fábula, y no hay duda de que murió en Roma de consunción por el tiempo de que vamos hablando. Parece que cuando Bruto partió de Italia ya estaba muy débil de salud, pues no pudo despedirse de él sin derramar torrentes de lágrimas, manifestando tanto dolor como si le dijera su corazón que aquella era la última vez que le veía. Plutarco habla de una carta de Bruto que existía en su tiempo (si no era apócrifa), en la que deploraba la muerte de su mujer, quejándose de que sus amigos no le hubiesen asistido como debían en su última enfermedad. Pero lo que no tiene duda es que en una carta á Atico hace ligera mención de la quebrantada salud de su Porcia, dándole gracias por el cuidado que tenía de ella; y la carta siguiente de Cicerón, que no se puede interpretar hable de otra persona, sino de Porcia, prueba necesariamente que había muerto de enfermedad.

Cicerón á Bruto.

«Correspondería en esta carta á los oficios que te debí cuando me consolaste en mi grave pérdida, si no fuese porque conozco que en tu dolor no necesitas que yo te suministre los remedios con que procuraste aliviar el mío; pues sería extraño que un hombre como tú no se aplicase á sí mismo los que receta á otros. Las razones que me propusiste y tu autoridad contuvieron el exceso

de mi pena. Pareciéndote que no convenía á un hombre de valor, acostumbrado á consolar á los demás, un abatimiento semejante, me lo reprendiste en una carta con frases más severas de las que acostumbras; y haciendo yo de tu juicio la grande estimación que merece, temeroso de lo que podías pensar, entré en mí y hallé que cuanto había leído ó aprendido en la materia me hacía más fuerza viéndolo corroborado con tu opinión. Con todo eso, amado Bruto, tu caso es muy diferente del mío. Yo, como particular, pagaba aquel tributo á la naturaleza; pero tú debes atender al papel que haces en el teatro del mundo; pues no solamente tu ejército y la ciudad, sino el universo entero, tiene puestos los ojos en ti y observa tus acciones, y sería vergonzoso que un hombre que á nosotros nos ha de comunicar fortaleza, se muestre débil y abatido. No por esto quiero disminuir el precio de la pérdida que has hecho, pues creo que en el mundo no se hallará con qué repararla, y si tu corazón se mostrase insensible á tan cruel desgracia, esta insensibilidad sería peor que ella. Pero debes afligirte con moderación, considerando que si esta regla es útil para los otros, para ti es indispensable. Más te diría si hablando contigo no hubiese dicho ya demasiado. Esperamos que vengas con tu ejército, sin lo cual no nos tendremos por librés, aun cuando todas las demás cosas saliesen según nuestros deseos...»

El tiempo de las elecciones de los magistrados se acercaba, y en particular el de completar el colegio de los sacerdotes, en el cual había varias plazas vacantes. Con este motivo Bruto hizo ir á Roma algunos jóvenes de la primera nobleza, que aspiraban á los empleos públicos, y entre ellos se contaban los dos Bíbulos, Domicio, Catón y Léntulo, y los recomendó mucho á Cicerón; pero éste se disgustó de que su hijo no hubiera venido con ellos á pretender la dignidad de sacerdote,

sobre lo cual escribió á Bruto para saber cómo pensaba, rogándole al mismo tiempo le hiciese partir sin dilación si algún motivo demasiado urgente no lo embarazase; pues decía que, aunque podían ser elegidos los ausentes, era mucho más probable lograr cuando se hacía la pretensión en persona.

Esta negociacioncilla dió motivo á varias cartas, pero como la confusión de los negocios públicos aumentaba cada día, fué preciso diferir la elección de los sacerdotes hasta el año siguiente. Bruto, sin embargo, hizo partir al joven Ciceron, y lo avisó á su padre; pero éste le envió un expreso con orden de volver atrás, aunque estuviese muy avanzado en el camino; y habiéndole encontrado ya en Italia, obedeció sin réplica á su padre, el cual decía «que nada pudiera ser á él más agradable, ni á su hijo más honroso que estar al lado de Bruto».

Aun duraba en Roma la primera alegría de la victoria de Módena, cuando se recibieron otras noticias de Asia que la aumentaron por la derrota y muerte de Dolabela. Aquel furioso enemigo de la pública libertad, después de haber quitado tan cruelmente la vida á Trebonio, robó todo el dinero de la provincia y cuantos pertrechos creyó útiles para apoderarse de la Siria, que era el objeto de su ambición; pero Casio había sido más diligente, y se había fortificado en ella de modo que se hallaba muy superior á Dolabela. Cuando éste se presentó, después de atravesar felizmente la Cilicia, penetró hasta las puertas de Antioquía, capital de la Siria, pero no le quisieron recibir, y fué rechazado con bastante pérdida en diversos ataques que dió á sus muros. De allí partió para Laodicea, cuyos habitantes le ofrecieron su ciudad, y en ella fué donde Casio determinó atacarle. Primero destruyó su flota en diversos encuentros, y luego le fué estrechando por mar y por tierra, de modo que viéndose Dolabela sin fuerzas para resistir

y sin esperanza de escapar, tomó la resolución desesperada de matarse para no caer vivo en manos del vencedor. Casio tuvo la generosidad de hacer sepultar el cadáver de Dolabela junto con el de Octavio, su teniente, que le imitó en darse muerte.

Décimo Bruto se había empeñado en perseguir á Antonio, ó, por mejor decir, en observar sus movimientos y embarazarle su fuga. Consistía el ejército de Décimo en las tropas que levantó al principio de la guerra y en las cuatro legiones nuevas que tenían los cónsules, porque todos los veteranos se habían pasado al partido de Octavio, abandonando el de la república. Estas fuerzas no le bastaban para hacer frente á Antonio, después que se le reunió Ventidio con tres legiones, y menos podía impedirle el paso de los Alpes para juntarse con Lépidio. En este apuro escribió á Cicerón pidiéndole procurase que Lépidio no recibiese á Antonio bajo su amparo, «aunque estaba, decía, muy persuadido de que un hombre tan inconsiderado y vano nunca haría nada bueno». Exhortó asimismo á Cicerón para que mantuviese á Planco en el buen partido, pues no tenía en él completa confianza por algunos escritos que habían llegado á sus manos, en que se veía que Antonio no había perdido la esperanza de ganarle y que contaba de seguro con Lépidio y con Polion.

Escribió también en derecho á Planco, recordándole su valor y fidelidad y asegurándole que iba á hacer toda la diligencia posible para juntarse con él. En todas sus cartas, no obstante, se queja del miserable estado de su ejército y de la falta de dinero, y dice que por el número no estaría mal, pero sí lo estaba por la calidad de las tropas, que eran todas bisoñas, sin experiencia y faltas de todo lo necesario. «Ya me es imposible, decía, mantener más tiempo mis soldados. Cuando tomé las armas para libertar la república me hallaba con más

de treinta millones de reales en moneda efectiva, y hoy me veo sin tener nada que disponer. Y no sólo he acabado con cuanto era mío, sino con lo de mis amigos, á quienes he arruinado, llenándolos de deudas para sostenerme. Tengo que mantener siete legiones, conque figúrate el embarazo en que me hallaré. Los tesoros de Varrón no me bastarían para tales gastos».

Pidió, en consecuencia, que sin dilación le enviasen una considerable suma de dinero con algunas legiones de veteranos, especialmente la Marcia y la cuarta, que habían tomado ya partido por Octavio. El Senado le dió esta satisfacción por un decreto que solicitaron Druso y Paulo, hermano de Lépido; pero Cicerón le avisó que «los que conocían dichas dos legiones aseguraban que con todas las ofertas del mundo no sería posible hacerlas servir bajo su mando. Que por lo que tocaba al dinero era más fácil, y se le enviaría. Que si Lépido se resolviese á recibir á Antonio, se volvería á caer en muchas mayores dificultades y peligros que antes; que sólo Décimo era quien podría libertar á la república de tan terrible acontecimiento, y, en fin, que á él no le era posible hacer más que lo que había ejecutado, debiendo ya contentarse con desear que Décimo se hiciese el mayor y más famoso de los hombres».

Planco estaba en negociación con Lépido para unir sus fuerzas contra Antonio. Por su parte, era Furnio el encargado de hacer el ajuste, y por la de Lépido, su teniente Laterense, celoso partidario de la República, que hacía todo lo posible para inspirar las mismas ideas á su general. Mas Lépido había sabido disimular su intención de manera que sus mayores confidentes estaban persuadidos de su sinceridad, y así Planco, de buena fe, marchaba á grandes jornadas para juntarse con él, y desde el camino escribió á Cicerón esta carta llena de esperanzas.

Planco á Cicerón.

«Después de haber escrito mis cartas me ha ocurrido que puede importar al servicio público que tú sepas lo que acaba de sucederme. Me lisonjeo de que mi diligencia será de alguna utilidad al Estado y á mí. He entablado una negociación seguida con Lépido por medio de varios correos que van y vienen, y le he propuesto que, dejando toda contienda, nos reconciliemos sinceramente en favor de la República y que mire más por sus propios intereses, los de sus hijos y de la patria que por los de un desesperado foragido, ofreciéndole á este fin todas mis fuerzas y auxilios. Laterense es quien está encargado de esta negociación, y la ha adelantado de manera que Lépido me ha prometido que, si Antonio entra á pesar suyo en su provincia, le declarará la guerra abiertamente. A este fin me ha pedido que me ponga luego en marcha para juntar mis fuerzas á las suyas, creyéndolas tanto más necesarias cuanto su caballería es muy inferior á la de Antonio, y en esto tiene razón, pues sobre ser poca cosa, diez de sus mejores turmas se pasaron á mí últimamente. Esta promesa tan generosa de Lépido me ha obligado á hacer todo lo posible para sostener sus disposiciones: conociendo, además, de cuánta utilidad sería nuestra unión para destruir la caballería de Antonio y para contener con la presencia de mis tropas á todos los malcontentos ó traidores que hay en su campo.

Habiendo, pues, en un solo día echado un puente sobre el Iser, río bastante caudaloso del país de los Alobroges, le pasé con mi ejército el 12 de Mayo, y con noticia que tuve de que Lucio, hermano de Antonio, había avanzado hasta *Zorum Julii* con un cuerpo de caballería y algunas cohortes, destaqué el día 14 á mi

hermano con cuatro mil caballos para salirle al encuentro, y yo voy á seguirle sin perder un instante con cuatro legiones á la ligera y el resto de mi caballería. Si la fortuna favorece un poco á la República, espero que aquí reprimiremos la audacia de los rebeldes, y quizá en un solo día veremos el fin de todos nuestros trabajos; pero si el foragido se encaminara á Italia al acercarme yo, entonces tocará perseguirle á Décimo Bruto. Yo creo que á éste no falta valor ni prudencia, pero en todo caso, si sucediere, haré partir á mi hermano con la caballería para perseguirle y libertar la Italia del saqueo de estos asesinos. Cuida de tu salud, y quíereme tanto como yo te quiero».

Sin embargo de toda esta apariencia, Lépido obraba con tan mala fe, que á todo trance estaba resuelto á sostener los intereses de Antonio; y si tardó en unirse con él, fingiendo que le había forzado á ello su tropa, fué solamente por salvar las apariencias y para poderlo hacer con más ventajas y seguridad del uno y del otro. El fin que tuvo en la negociación con Planco fué atraerle cerca de sí y entretenerle hasta que, juntas sus fuerzas con las de Antonio, pudiesen obligarle á entrar en la conspiración ó recibir su ley. Con este plan, cuando vió que Antonio estaba ya á tiro de juntársele, hallándose ya Planco á cuarenta millas, le envió á decir que no se moviese y que le esperase allí. Planco, que aun no sospechaba nada, creía tener poderosas razones para continuar la marcha, cuando Laterense le escribió una carta de mano propia en la cual, desesperando de sí, del ejército y de la fe de Lépido, y quejándose de que le habían vendido, advertía claramente á Planco no se dejase engañar y que se mantuviese fiel á la República, pues él creía cumplir con su honradez dándole este aviso.

Planco informó al instante á Cicerón del embarazo en

Décimo se unió al fin con Planco, y por algunos días vivieron en tan buena inteligencia, y la provincia les manifestó tanto celo y afecto, que el Senado, cuando lo supo por una carta de ambos, concibió las mayores esperanzas y los hombres de bien cobraron ánimo. Planco escribió particularmente á Cicerón: «Creo que ya sabes el estado de nuestras fuerzas. Tengo en mi campo tres legiones de veteranos y una sola de reclutas, pero las mejores que se pueden ver de esta especie. Décimo no tiene más que una legión veterana y otra que se levantó dos años hace, con ocho más de nuevos reclutas, de forma que nuestro ejército es numeroso sin ser fuerte; porque ya sabemos por experiencia que no hay mucho que contar con gente bisoña. Si tuviéramos aquí las tropas de África, que son todas veteranas, ó César viniese á unirse con nosotros, de buen grado arriesgaríamos una batalla.

»Como César es el que está más cercano á nosotros, le insto continuamente para que venga, y él me asegura siempre que se va á poner en marcha; pero yo tengo mis razones para juzgar que no piensa hacer lo que dice, y que ha tomado ya otras medidas muy diferentes. Le he enviado, no obstante, á mi amigo Furnio con nuevas proposiciones. Tú sabes, amado Cicerón, que yo estoy más obligado que tú á querer bien al joven César. La íntima amistad que tuve con su tío me obligaba entonces á protegerle y servirle, mereciéndolo también él por sus prendas personales, que me parecían amabilísimas é inclinadas á la moderación; y considerando ahora lo que debo á la memoria de mi amigo, me parecería acción vergonzosa que, habiéndole él adoptado, con vuestro dictamen, por hijo, no le tuviese yo en el mismo predicamento. En esta suposición, no por falta de amistad, sino por sobra de dolor, me veo precisado á decirte que, si vive Antonio, si ha unido sus fuerzas

con las de Lépido, si uno y otro tienen un ejército tan respetable, si maquinan grandes proyectos y si abrigan esperanza de realizarlos, Octavio es el único culpado de ello. No viene al caso repetir ahora cosas pasadas; pero ten por seguro que si hubiera venido cuando me lo prometió, la guerra estaría ya concluída ó se habrían arrinconado en España, que es la provincia más contraria á nuestros enemigos. No acabo de penetrar por qué no ha tomado un camino tan glorioso y tan ventajoso á sus propios intereses, distrayéndole la solicitud de un consulado de dos meses, que sólo sirve para hacer más temible y sospechosa su intención. Sus amigos, con sus buenos consejos podrían encaminarle á ser útil á sí y á la República, y tú principalmente puedes contribuir á ello, puesto que nadie te debe tantas obligaciones como él, exceptuándome yo, que nunca podré olvidar lo infinito que has hecho por mí.

»He dado orden á Furnio de tratar con él todos estos negocios, y si mis consejos lograren la aceptación que merecen, confesará después que le hago un gran servicio. Entretanto sostenemos aquí dificultosamente la guerra, porque no conviene arriesgar una batalla, ni debemos retirarnos por el grave perjuicio que esto causaría á la República; y en este segundo caso, el enemigo nos podría hacer infinito daño. Mas si César ejecutase lo que debiera, ó si las legiones de África llegasen presto, ten por seguro que en breve os sacariamos de cuidados. Te ruego me continúes la amistad, y créeme todo tuyo».

La unión de Lépido y Antonio consternó á toda Roma, pero el Senado, vuelto en sí después de algunos días de reflexión, cobró tanto ánimo con las cartas de Décimo y de Planco, que fiándose enteramente de su valor y fidelidad, declaró á Lépido enemigo de la patria por decreto de 30 de Junio, y mandó deshacer la estatua do-

rada que poco antes le habían erigido, reservando, no obstante, á él y á sus secuaces el derecho de volver á su obligación hasta 1.º de Septiembre. La mujer de Lépido era hermana de Marco Bruto, y tenía varios hijos cuya fortuna quedaba destruída por este decreto, el cual contenía virtualmente la confiscación de los bienes del padre. Servilia, su abuela, y la mujer de Casio, su tía, se empeñaron tenazmente con Cicerón para que impidiese aquel decreto, ó, á lo menos, se moderase en favor de sus hijos; pero Cicerón cerró los oídos á todos sus lamentos, porque la necesidad del primer artículo hacía indispensable el segundo. En la carta siguiente explicó á Bruto su dictamen:

Cicerón á Bruto.

«Aunque contaba escribirte por Mesala Corvino, partiendo antes nuestro amigo Veto, no quiero hacerlo con él. La República, Bruto mío, está en inminente riesgo. Después de haber vencido, nos hallamos, por la locura y traición de Lépido, en la necesidad de volver á la pelea. En medio de las grandes inquietudes y trabajos que paso por la República, nada me aflige tanto como no haber podido complacer á tu madre y hermana, persuadiéndome, sin embargo, de que tú no desaprobárs mi conducta, pues convendrás conmigo que la causa de Lépido no se puede separar de la de Antonio. El público aún la considera mucho más odiosa, porque después de haber recibido del Senado tan extraordinarios honores y después de haber escrito pocos días antes una carta excelente, es la más negra de las traiciones su repentina mudanza, acogiendo las reliquias de nuestros enemigos y declarándonos por mar y por tierra una guerra cruel, cuyo éxito nadie puede adivinar. Los que nos piden que tratemos con clemen-

míos. Si yo lograre de ti esta gracia, viviré seguro de que harás por ellos cuanto puedas. Cada uno tiene su modo de portarse, y yo, por mí, creo que jamás haré á favor de los hijos de mi hermana cosa que llene mi voluntad y mi obligación. ¿Qué me concederán los hombres de bien, si es que soy acreedor á que me concedan algo, ó de qué serviría yo á mi madre, á mi hermana y á esos jóvenes, si Bruto, su tío, no contrapesase en tu estimación y la del Senado á su padre Lépido?

«Tengo tal pesadumbre, que no puedo escribirte largo, ni aunque pudiera lo haría, porque si en un caso de esta naturaleza necesitase yo de larga escritura para moverte, no me quedaría esperanza de que ejecutases lo que deseo y lo que, á mi parecer, no me puedes negar. Por esto no me extiendo más en mis ruegos. Considera solamente quién te los hace y si debo esperar tengan buena acogida en Cicerón, como el mejor de mis amigos; y cuando con este título no sea, á lo menos como el más distinguido de los senadores consulares. Te pido por merced que sin pérdida de tiempo me avises tu resolución. A primero de Julio».

Los términos de esta carta hicieron comprender á Cicerón que Bruto se interesaba por sus sobrinos mucho más de lo que él había creído, y, en su consecuencia, se empeñó con el Senado para que suspendiese la ejecución del decreto en la parte que miraba á la confiscación de los bienes.

Luego que Antonio y Lépido unieron sus fuerzas, entablaron correspondencia con Octavio. Es de saber que aquel joven, desde la muerte de los cónsules, mostraba tan poca consideración por la autoridad del Senado y la de Cicerón, que se veía claro que sólo esperaba un pretexto para romper con ellos abiertamente. Se había tomado tiempo para observar lo que hacía Antonio, y viéndole ya unido y protegido por Lépido, no

halló partido que le prometiese tanta utilidad como el de mancomunarse con ambos y emprender la venganza de su tío, que tocaba á él más particularmente.

Antes de ir más adelante pidió el consulado, aunque no tenía más de veinte años. Esta demanda espantó á Roma, no porque el consulado le añadiese más autoridad de la que él se había ya tomado con las armas, sino porque manifestaba una desmedida y peligrosa ambición, fundada en el desprecio de las leyes. Por otra parte, dió justo motivo para temer que hubiese ya formado miras peligrosas para la libertad, cuando en vez de conducir sus tropas donde sabía que eran necesarias, las movió hacia Roma, como si no tuviera otro objeto que el de subyugar la República.

Por entonces se esparció en todo el imperio la voz de que Cicerón había sido elegido cónsul. Bruto con este motivo le decía en posdata de una carta: «Después de escrita ésta me dicen has sido hecho cónsul. Si esto fuese verdad, comenzaría á creer que el reino de la justicia volverá á restablecerse en la República y que será capaz de sostenerse con sus propias fuerzas». Lo cierto es que si Cicerón hubiese aspirado á ser cónsul, lo habría obtenido del pueblo por unanimidad de votos; pero en un tiempo como aquél de confusión y violencia, el título de magistrado supremo, sin un poder efectivo para sostenerle, no habría servido sino para suscitarle nuevos peligros, exponiéndole más y más á los insultos de los soldados, cuya insolencia y pretensiones le eran ya insupportables. Algunos autores antiguos, á quienes los modernos siguen sin examen, refieren que Cicerón se había dejado engañar por Octavio para que favoreciese su pretensión al consulado con la esperanza de ser su colega y de manejarle en el gobierno; pero muchas cartas prueban lo falso de esta aserción, y que, muy al contrario, no había romano alguno tan opuesto á la ambición

de Octavio ni tan activo en impedírsela. Escribiendo á Bruto, le dice : «César hasta aquí se ha guiado por mis consejos, y yo no puedo menos de alabar su buen carácter y su constancia; pero hay ciertas gentes que por escrito y de palabra y representándole las cosas falsamente, le han metido en la cabeza que pretenda ser cónsul. No bien llegué á conocerlo, cuando he procurado disuadirselo por repetidas cartas; haciendo también las más vivas reconvenciones á los amigos que tiene aquí, los cuales parece atizan su ambición, sin detenerme en nombrar en pleno Senado las personas que le dan tan perniciosos consejos. Jamás he quedado tan satisfecho de los magistrados y de los demás vocales como en esta ocasión, porque no creo haya sucedido hasta ahora que, tratándose de un honor extraordinario á favor de un ciudadano poderoso y aun poderosísimo, ya que el poder se mide hoy por la fuerza y por las armas, no haya habido un solo tribuno, un magistrado, ni menos un simple senador que le haya propuesto. A pesar de toda esta firmeza, la ciudad está sobresaltada. Es increíble, amigo Bruto, lo que aquí tenemos que sufrir por la desvergüenza de los soldados y por la insolencia del general. Cada uno pretende tener tanta autoridad cuanta puede usurpar con los medios que posee. Nadie reconoce ya razón, moderación, ley, costumbre ni deber. El juicio público se desprecia, ni se hace caso de la posteridad...»

Es ciertamente muy extraño (como lo advierte Cicerón en esta carta) que no se hallase ningún magistrado ni simple senador que quisiera encargarse de proponer el consulado para Octavio, cuando ya era muy poco lo que faltaba para que su poder estuviese enteramente establecido. Por eso se vió obligado á pedir aquella dignidad por medio de una diputación de sus oficiales; y como el Senado los recibió algo más friamente de lo que

se prometían, un centurión, llamado Cornelio, apartando un poco la ropa y mostrando el puño de su espada, dijo atrevidamente: «Si vosotros no lo hacéis, lo hará ésta». El mismo Octavio abrevió el asunto acercándose á la ciudad con su ejército, y así al instante fué nombrado cónsul con Quinto Pedio, su pariente y coheredero en una parte de los bienes de Julio César. Esta elección se hizo en el mes de los romanos, llamado *sextilis*, y los aduladores, andando el tiempo, para perpetuar la época de su fortuna, mudaron este nombre en el de Augusto, cuyo nombre había tomado.

El primer acto de su magistratura fué apoderarse de cuanto dinero había en el Tesoro público y distribuirlo á sus soldados. Dió una fuerte reprensión al Senado porque, en vez de pagar á su ejército las sumas prometidas, pensaba sólo en fatigarle perpetuamente y en empeñarle en una nueva guerra contra Lépido y Antonio, y se quejó también de que no le hubiesen comprendido en el número de los diez senadores destinados á señalar terrenos á los soldados. Estas quejas no tenían fundamento alguno, porque, tanto las recompensas como las distribuciones de terrenos, habían sido prometidas para cuando la guerra finalizase, y no le nombraron para la comisión por haber excluído en general á todos los que actualmente mandaban ejércitos, creyéndolos poco á propósito para el caso, contra el parecer de Cicerón, que fué de diverso dictamen. Décimo y Planco habían sido excluídos como Octavio, y también se quejaron; de suerte que Cicerón, que era uno de los comisarios, queriendo remediar esta imprudencia que había disgustado á tantos, impidió que sus compañeros empezasen á ejercitar la comisión, y la mantuvo intacta para cuando llegasen los generales.

Octavio, que ya disimulaba poco su inclinación á mudar de partido y de conducta, y se entretenía en

buscar ocasiones de mortificar al Senado, se quejó en él un día de que, hallándole muchacho, le hubiesen tratado como tal, y halló también pretexto para quejarse duramente de Cicerón, cuyos servicios y consejos le eran pesados desde que resolvió mudar de conducta.

Le contaron que Cicerón, hablando de él, se había servido de una voz equívoca que significaba igualmente elevarle á los honores ó quitarle de en medio. Procuró, pues, esparcir por todas partes esta supuesta sátira, dándola significación maligna. Décimo Bruto fué el primero que lo avisó á Cicerón, escribiéndole esta carta.

Décimo Bruto, cónsul electo, á M. T. Cicerón.

«El temor que no tengo por mí, lo tengo por ti mediante lo que te amo. Había oído cierta especie, que no quise creer, pero últimamente Labeón Segulio, que es siempre el mismo, me ha contado que César había hablado largamente de ti, quejándose de que hubieses dicho que al joven era necesario alabarle, honrarle y *quitarle*, pero que él tendría buen cuidado de no dejarse *quitar*. Yo no creo que César lo ha dicho, sino que Labeón le fué con este chisme ó que lo ha fingido todo.

También ha intentado persuadirme con empeño de que los veteranos hablan mal de ti y que no estás seguro entre ellos, principalmente porque ni Octavio ni yo hemos sido nombrados decenviros para repartimiento de tierras, dejando este asunto á vuestro arbitrio. Habiendo oído todo esto, aunque me hallaba ya en marcha, no he querido pasar los Alpes sin saber primero de ti mismo la verdadera situación de los negocios».

Cicerón le respondió :

«Dios confunda á ese Segulio, que es el mayor pícaro que hay, ha habido y puede haber. ¿Has creído tú que

sólo á ti y á César ha referido esa historia? Pues sábete que ha ido contándola á cuantos la han querido oír. Te agradezco, no obstante, amado Bruto, el aviso que me das de estos embustes, aunque en substancia sean una friolera, porque tu cuidado confirma el amor que me tienes. En cuanto á las quejas que Segulio dice tienen de mí los veteranos, de que tú y César no seáis decenviros, te aseguro que daría algo por no serlo yo, pues para mí, ¿qué cosa puede haber más molesta? Pero cuando yo propuse que se comprendieran en ella los generales, aquellos que por hábito se oponen á todo, hicieron, según costumbre, sus reclamaciones; de manera que fuisteis excluidos precisamente contra mi dictamen...

Cicerón habla tan ligeramente del fondo de la acusación y la juzga tan despreciable, que ni la niega ni se digna justificarse. De hecho parece imposible que un hombre tan prudente cayera en semejante debilidad. Si hubiese abrigado aquellas ideas acerca de Octavio, ¿no tenía ocasión más oportuna de explicarse libremente en sus cartas á Bruto? En ellas no hay la menor expresión que aluda á esto; antes al contrario, habla siempre de aquel joven en los términos más laudatorios, y esto sin mirar que Bruto podía ofenderse de alguna expresión. Era cosa muy común atribuir á Cicerón muchas cosas que no había dicho, y ésta lo fué sin duda por algún enemigo que queria excitar á Octavio contra él, ó, á lo menos, darle el pretexto que deseaba para romper con un hombre cuyas máximas y servicios comenzaban á serle gravosos. En fin, á esta especie, que con afectación esparcieron los forjadores de ella, dió verosimilitud el resentimiento de Octavio, y así no hay que maravillarse de que la recogiesen los historiadores posteriores y de que la refieran Veleyo y Suetonio, bien que este último da á entender que no la creyó cierta.

Mientras la ciudad se hallaba consternada por la proximidad del ejército de Octavio, se vieron subir por el Tíber dos legiones veteranas que venían de África, y se las recibió como un socorro del cielo; pero esta alegría duró poco, porque, apenas desembarcaron, fueron seducidas por los demás soldados y tomaron partido con Octavio César, abandonando al Senado, que las había hecho venir.

Polion, que casi al mismo tiempo llegó de España con otras dos de sus mejores legiones, tomó partido con Antonio y Lépido; de manera que todos los veteranos de la parte occidental del imperio se hallaban dispuestos á vengar la muerte de su antiguo general. La unión de tantos ejércitos y la imprevista mutación de la fortuna de Antonio, hicieron vacilar también la fidelidad de Flanco, que al fin resolvió abandonar á su compañero Décimo Bruto, con quien hasta entonces había vivido aparentemente en la mejor amistad. Polion ajustó por su parte paz con Antonio y Lépido, mediante condiciones muy ventajosas, y poco después pasó con todas sus tropas á su campamento.

Abandonado Décimo Bruto á la discreción de un ejército sedicioso, en el cual él mismo había fomentado el espíritu de la deserción y era muy capaz de entregarle á sus enemigos, se vió sin más recurso que el de escapar á Macedonia en busca de su pariente Marco Bruto; pero la distancia era tan grande y los caminos estaban tan bien guardados, que para evitar ser cogido tuvo muchas veces que mudar de ruta, abandonar toda su comitiva é ir disfrazado y errante de un país á otro. A pesar de tantas dificultades, llegó finalmente á casa de un amigo antiguo á quien había servido en algunas cosas, el cual le ofreció asilo. Pero fuese por traición de este hombre ó por otra causa que ignoramos, lo cierto es que los soldados de Antonio le sorprendie-

ron allí, le mataron y llevaron la cabeza á su general.

Algunos escritores afean á Décimo haber mostrado al morir una flaqueza y cobardía indignas de un matador de César y de un general que se había hallado y mandado en ocasiones las más críticas y peligrosas; pero sus relaciones se contradicen en muchas circunstancias; de suerte que se pueden creer inventadas por los que entonces procuraban desacreditar por todos los medios posibles á los matadores de César.

De cuantos golpes recibió la República, ninguno fué tan funesto como la ley que propuso Octavio y que hizo publicar á Pedio, su colega, por la cual eran llamados á comparecer en justicia los que habían tenido parte en la muerte de César, tanto en la ejecución como en el consejo. Los cómplices de la conjuración fueron citados por diversos acusadores, y como ninguno de ellos tuvo la imprudencia de presentarse, los condenaron á todos en rebeldía, y por segunda ley se les impuso la pena de entredicho de agua y fuego, ó sea la de destierro. Aunque Pompeyo no tuvo parte en la conjuración, fué comprendido en la sentencia porque le miraron como enemigo irreconciliable del partido de César. Hecha esta ley, Octavio, para suavizar su dureza con el público, distribuyó á los ciudadanos lo que César les había dejado en el testamento.

Cicerón había previsto bien que los negocios podrían tomar aquel infeliz sesgo, y que aun la misma fidelidad de Planco podría vacilar, por cuya razón hacía tan fuertes instancias á Bruto y á Casio para que viniesen á Italia sin detención, como medio único de remediar los males que amenazaban.

Cada nuevo paso de César le confirmaba en sus temores, y le hacía escribir cartas sobre cartas por demás apremiantes, sobre todo después de la unión de Antonio con Lépido. «Ven, por amor de todos los dioses, es-